

—¡No os olvidéis, por favor, de venir á visitar-nos en cuanto regreséis á París!

—¿Puedo hacer algo por vos?—preguntó la Duquesa.

—Rogad al Cielo, señora, que Aurora de Nevers sea pronto condesa de Lagardère, y que yo encuentre á doña Cruz.

—Y la hagáis marquesa de Chaverny; ¿no es así?

—Lo habéis adivinado, señora: contad con mi agradecimiento.

—Rogaré también por que seáis algo menos audaz, y porque las espadas se desvíen y no hieran vuestro cuerpo. ¡Hasta la vista, caballero! Dadnos lo más pronto posible nuevas de vos.

Después de varias otras protestas de amistad el Marqués partió á galope, y la Duquesa, dama honrada y digna, quedóse mirando al caballero hasta que su sombra se perdió en el horizonte.



## V

### Un aguador.

Chaverny calculó que debía tomar otra dirección, puesto que Lagardère no estaba en Madrid, según casi se lo aseguró el Embajador, ni tampoco las doncellas, á juzgar por lo que deducía de haber visto á Gonzaga y sus secuaces sin ellas ni Peyrolles. Había, pues, que buscar por otra parte. Pero ¿hacia dónde? ¿Á Oriente, ó á Occidente? ¿Por Aragón, ó por Castilla la Vieja? No es más fácil hallar á una persona en una nación que una aguja en un pajar.

Además, el Marquesito tenía dos contras: no disponer de semanas ó meses, sino de contados días, y conocer imperfectamente el castellano. Con frecuencia preguntaba á los campesinos, y no entendía sus respuestas. Fióse, pues, al azar de su inspiración, y se dirigió á la derecha, hacia

Burgos y Valladolid, sin preocuparse de volver á encontrarse con Gonzaga ó con los alguaciles y cuadrilleros de Alberoni.

Sin embargo, echarse en brazos de uno ú otros era arrostrar la muerte, ó por lo menos la prisión, que significaba la inacción forzada. Pero no era el Marqués de aquellos á quienes detiene un grano de arena: su físico vigoroso y sano hacía fuerte y moralmente esforzado. Hasta entonces sólo había visto la vida por su aspecto de color de rosa, y apenas si empezaba á sospechar que iba á presentársele el reverso de la medalla.

—¡Bah!—se dijo filosóficamente.—¡Ayúdate, y Dios te ayudará!

En esta disposición de ánimo se halló de pronto ante el desfiladero de Pancorbo, que se abría en el seno de la sierra como misterioso abismo de sombras, de tinieblas y de silencio.

El hombre reconoce su pequeñez ante la Naturaleza. Chaverny se consideró un pigmeo ante aquella garganta abierta. En Roncesvalles la espada de Roldán había hendido una sola roca; pero en Pancorbo otra espada formidable, que sólo pudiera blandir la mano de Aquel que es el Señor del Destino, había hendido y separado dos montañas de un solo tajo.

Poniendo su caballo al paso penetró en el

desfiladero: las rocas estaban negras, y el arroyuelo susurraba á sus pies; multitud de cuervos graznaban y rozaban con sus alas las piedras: sin duda, había allí algún cadáver. Algo que vió en el agua le hizo detenerse y desmontar. Lo cogió, y vió que era un sombrero de fieltro, grueso, sucio, medio podrido, y con una pluma rota.

—¡Yo conozco esto! Lo he visto en la cabeza de alguien. Un sombrero así no se ve todos los días, ni es fácil olvidarlo. Pero ¿qué cabeza cubría? Por más que trato de recordar...

Después de un momento de reflexión se encogió de hombros y arrojó al arroyo el pingajo que había sido sombrero. De pronto dió un grito.

—¡Ah! ¡Cocardasse! ¡Vive Dios! ¡Ya sabía yo que lo conocía!

Los cuervos revoloteaban entre los dos muros de piedra que formaban el desfiladero; pero no se detenían á la entrada, y parecía que penetraban bastante. ¿Encontraría más adentro el cadáver á quien correspondió, antes de serlo, aquel sombrero?

Continuó avanzando á pie, llevando el caballo de la brida y examinándolo todo. En algunos sitios la yerba que brotaba en los intersticios de la roca tenía algunas manchas oscuras, como de sangre. Las aves de rapiña huían al acercarse el caballero: su corcel alargó el cuello para beber en aque-

llas aguas claras y límpidas; pero al aproximar las narices al líquido levantó la cabeza con un estremecimiento nasal y sin probarlo.

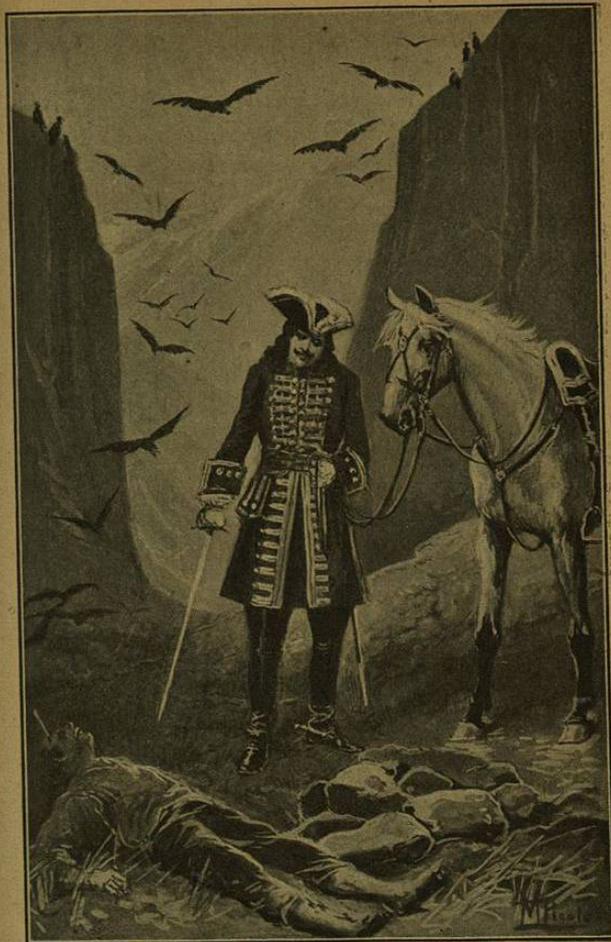
Poco más allá yacía un cadáver, descompuesto, imposible de identificar, con la cara deshecha y casi descarnada. De su frente salía un pedazo de acero. En aquella época todas las espadas llevaban una inscripción. Chaverny examinó aquel trozo, y pudo leer en letras de oro: *egente de Francia*. Era la espada de Felipe de Orleans. Lagardère había pasado por allí.

Montó de un salto y salió á rienda suelta, como piel roja que acaba de descubrir una pista de guerra. Y así llegó hasta Burgos, hasta Valladolid, inquiriendo inútilmente el paradero de Lagardère. Todo lo que pudo averiguar fué que en la garganta de Pancorbo cuatro hombres habían vencido á doscientos. La imaginación latina aumenta fácilmente las hazañas. Dirigióse hacia Segovia, y cuando se aproximaba ya á la anti-gua ciudad castellana se encontró con una bellísima joven, á la cual interrogó. Tenía tipo de gitana, y al ver á Chaverny se quedó mirándole fijamente.

—¿Quién eres?

—¿Acaso lo sé? Una hija del espacio, una vagabunda, una flor silvestre.

—¿De dónde vienes?



Poco más allá yacía un cadáver...

—He pasado por Pancorbo, donde hace poco hubo muertes.

—¿Adónde vas?

—Adonde me empuja el Destino, adonde me ha mandado ir el que me guía.

—¿Y quién te guía?—preguntó ansiosamente el Marqués, cuya curiosidad despertaron aquellas enigmáticas respuestas, en las que adivinaba algo interesante para él.

Pero el semblante de la gitanita, que se había iluminado un instante, volvióse frío é impassible como el mármol. Su lengua parecía anudada. Al cabo de un rato contestó:

—¡No sé! ¡Es él; es todo!

—¿Cómo te llamas?

—Mariquita.

—¿Y él? ¡Dímelo! ¿No se llama Lagardère?

Y su mirada escudriñó el horizonte buscando al caballero, no dudando que iba á presentarse á su vista surgiendo de entre las rocas. Tenía el convencimiento de que se hallaba cerca de allí; pero, por más que miró por todos lados, no logró distinguirle. Cuando dirigió los ojos al suelo, la bohemia había desaparecido. ¿Debería volver al lado de Mad. de Gonzaga para confesarle su impotencia, ó seguir hasta Madrid, donde merced á algunos amigos podría probablemente encontrar cualquier rastro?

Pero en la villa y corte arrostraba el peligro de tropezar con el Príncipe todopoderoso que paralizaría sus gestiones. Reflexionó.

—¡Tanto peor!—dijo al cabo de madura meditación. ¡Juguemos el todo por el todo! ¡Nada me obliga á presentarme á mi querido primo tal como estoy! No es cuestión de fuerza, sino de astucia. ¡Veamos quién es más astuto de los dos!

La juventud no duda de nada. Chaverny era joven y audaz. En las cercanías de la villa cambió su caballo por un borriquillo; sus vestidos de caballero, por un vestido de aldeano español, y entró en Madrid con su criado, disfrazados ambos de aguadores.

Creía la cosa de lo más sencillo; pero no era aguador todo el que quería en la corte de Su Majestad Católica. Así, apenas hubo lanzado un par de veces el grito acostumbrado de:

—¡Aguador! ¡Agua fresca! ¿Quién quiere agua?, cuando todos los aguadores le miraron hostilmente, y dos ó tres de ellos avanzaron hacia él. El joven llevaba una daga bajo su chaqueta, y se preparó á la defensa. Los otros se pararon á tres pasos, y uno solo se le acercó y le dijo:

—¿Desde cuándo estás aquí?

—Vengo de Segovia, compañero. ¿No hay un puesto al sol de Madrid para dos honrados camaradas?

—¿Tienes permiso del celador?

—¿De qué celador?

—Del empleado superior de policía del barrio, que exige que todo aguador pruebe su honradez, buena conducta y fe católica antes de instalarse.

—¿Acaso tenemos cara de salteadores?

—¡Bueno; largo de aquí!—dijo el otro intranigente, quizás porque no había podido tampoco probar todo aquello. Tenía trazas de bandido.

—¡Un momento, un momento, amigo! Hablando se entiende la gente. Vamos primero á la taberna, y cuando hayamos trasegado algunos cuartillos de lo bueno será más fácil entendernos.

La proposición era buena. El aguador vende agua para comprar vino; una parte de su ganancia se le va en la taberna. Todos aceptaron espontáneamente. Asnos y mulas fueron alineados delante del establecimiento con la cabeza hacia la pared. Hubieran podido dejarlos allí dos horas sin que ninguno tuviera la veleidad de alejarse un par de varas siquiera. Chaverny designó á sus invitados un rincón de la tienda, donde podrían hablar sin ser oídos por los demás parroquianos.

—¿Cuánto ganáis cada uno de vosotros diariamente?

Difícil era un acuerdo en tal cuestión: unos exageraban mucho, otros algo menos. El Marqués tomó por base de sus cálculos un término medio.

—Quiere decir que entre mi compañero y yo podremos ganar de diez á doce reales de vellón; ¿no es eso?

—Eso es.

—Hemos de estar cuatro días en Madrid: luego nuestras ganancias podrán elevarse á unos cincuenta reales. ¿Es así? Bueno; pues ahí tenéis sesenta para que os lo repartáis entre todos. ¡Y ahora bebamos!

Los españoles abrían los ojos estupefactos.

—¿No comprendéis? Pues voy á explicároslo. No soy aguador; no soy de Segovia, ni de Madrid, ni de ningún pueblo de los que conocéis vosotros, ni quiero perjudicaros haciéndoos competencia.

—Eso se ve claro; pero ¿y qué?

—Para acercarme á una hermosa á quien me han robado, envidiosos de nuestro amor, he tenido que disfrazarme. Pero dentro de cuatro días ya no tendré necesidad del disfraz.

Sea grande de España ó aguador, todo español se complace en las aventuras amorosas y está dispuesto á protegerlas. Los aguadores, pues, quedaron conquistados, y hasta se ofrecieron es-

pontáneamente á servirle. El Marqués comprendió que podían ser buenos auxiliares.

—Avisaremos á los compañeros para que no os molesten—dijo uno.

—¿Dónde vive tu damisela? Nosotros, con achaques del oficio, entramos por todas partes—insinuó otro.

—No lo sé.

—Si nos das las señas, nosotros podremos ayudarte y averiguarlo muy pronto.

Chaverny les dió las de las doncellas, las de Lagardère, Passepoil y Cocardasse, que era el tipo más fácil de reconocer entre todos.

—¡Media onza al que encuentre á cualquiera de esas personas! Todas las mañanas me hallaréis aquí, y tomaremos una copa. ¡Hasta mañana! Voy por mi parte á ponerme en campaña.

Salieron, y cada cual tomó la dirección que le plugo.

—¡Agua, agua helada, agua fresquita! ¿Quién quiere agua? (1)—iba gritando á voz en cuello el Marquesito, no sin fijarse en cada semblante de los transeuntes y echar ojeadas á todas las celosías.

Al llegar á la Plaza Mayor una muchedumbre le cerró el paso. Formaba corro en torno de un

(1) En español en el texto.

bulero: un monje que predicaba la bula al aire libre, y al cual escuchaba el pueblo con unción.

No se le veía la cara, medio oculta por la capucha; pero hablaba con elocuencia, describiendo la pasión de Nuestro Señor como si hubiera asistido á ella.

Muchos de los oyentes tenían sed, y el aguador ganó algunos cuartos. Entre otros, se aproximaron dos capuchinos: uno de ellos le pidió un vaso; pero el otro hizo un gesto como si repugnara semejante líquido, y se alejó. La gente se disolvió también, y al minuto sólo quedaba en la plaza una ronda de alguaciles, un aguador que se llamaba Chaverny y un capuchino, cuyo nombre sabremos en seguida.

Las bocacalles fueron tomadas por los alguaciles como si se tratara de prender á alguien. Pero ¿á quién? Sabiendo el respeto que en España se guarda á los religiosos, no dudó que fuera para pescarle á él aquella red; más pronto se convenció de que los corchetes se preocupaban de él tanto como del Gran Turco. El capuchino buscaba por todas partes á su compañero. Separado de él, no había visto que se quitó el hábito, lo echó encima de una mujer y se perdió entre la multitud. Los alguaciles detuvieron á la mujer; pero era una traperera conocida, y que no

sabía nada del monje. Se convencieron de que habían sido burlados.

Su compañero comprendió que estaba perdido; pero no era hombre que se entregara sin resistencia. Empezó una carrera fantástica por la plaza. Una de las veces pasó tan cerca del aguador, que éste le oyó murmurar con acento gascón:

—¡Mal pecado! ¡No me han cogido todavía!

Era Cocardasse. El Marquesito estuvo á punto de llamarle; pero comprendió que sería perderle. Se calló y observó. Algo estorbaba la carrera de Cocardasse: sin duda la tizona, que bajo el hábito se le enredaba entre las piernas. Una ronda de alguaciles le seguía como galgos á una liebre. Por fin el monje se paró en seco, echó atrás la capucha, y, sin que se supiera cómo, una espada centelleó en su mano. Por entre el hábito desabrochado se veía el colete, y Chaverny observó entonces que calzaba botas con espuelas.

Solo y en guardia en el centro de la plaza contra veinte adversarios permaneció un instante como eligiendo su primera víctima. Pero eran muchos para él, y sólo podía atender á los que le hacían frente. El Marquesito tuvo que hacer sobrehumanos esfuerzos para contenerse y no volar en su socorro; empero por única arma

tenía su dogma, los demás corchetes que guardaban las bocacalles acudirían, y sería inútil su sacrificio.

En tanto que reflexionaba así Chaverny, uno de los alguaciles, pequeño, forzado, ancho de hombros, uno de esos campesinos vigorosos que tanto abundan por las montañas españolas, que se cargan un caballo ó un toro á las costillas como si fuera un hacecillo de paja, se deslizó como una serpiente por detrás del maestro de armas.

Éste se sintió de pronto á caballo sobre algo, alzado por dos hombros cuadrados y derribado de espaldas.

—¡Mal pecado! ¡Esas maneras son canallescas! ¡Voto á bríos!-- gritó.

Pero no le permitieron hablar más atado y amordazado, en un abrir y cerrar de ojos se lo llevaron á la cárcel.

Por lo menos Passepoil, pues no podía ser otro su compañero, se había salvado. La pista permitía creer á Chaverny que encontraría pronto á los que buscaba. No sospechaba que estuvo poco antes á cuatro pasos de Lagardère predicando la bula. En efecto; era el bulero.

Todo el resto del día buscó á Passepoil, fijándose en todos los monjes que encontraba por

las calles—y en Madrid pululaban;—pero inútilmente.

Sin embargo, varias veces pasó muy cerca del diestro normando; sólo que no iba con hábito monacal. Passepoil había dejado de ser capuchino.

